

La construcción de hogar de migrantes peruanas en Chile

Macarena Bonhomme y Carolina Stefoni

Resultado de Investigación Finalizada

Resumen: Este artículo busca profundizar en la construcción del espacio privado de migrantes peruanas en Santiago, a través del análisis de las posesiones del hogar y prácticas cotidianas. Los resultados muestran que las formas de habitar el hogar se relacionan con sus procesos de integración, pues a través de la cultura material se negocia cotidianamente la pertenencia a dos mundos, el de origen y destino, y tanto el ocupante como el hogar en sí mismo se moldean mutuamente. Si bien su entorno material refleja una pertenencia dual, encarnando una memoria e integrando nuevas tecnologías, sus prácticas cotidianas reactualizan sus vínculos originarios y reproducen su cultura, transformando el hogar en un espacio transnacional. De esta manera, en la construcción de hogar ambos mundos cohabitan, permitiéndoles negociar y localizar múltiples pertenencias culturales que posibilitan sus procesos de inserción.

Palabras claves: construcción de hogar, proceso de integración, migración peruana.

Artículo preparado para ser presentado en el XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología – ALAS, Santiago, 29 de septiembre – 4 de octubre 2013. Propuesta preliminar. Por favor no citar sin el permiso previo de las autoras.

Contactos: Macarena Bonhomme (macarenabonhomme@gmail.com) y Carolina Stefoni (cstefoni@uahurtado.cl)

Esta investigación está financiada por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico de Chile (FONDECYT), Proyecto N° 1110414, “La construcción del espacio y del lugar en contextos de migración transnacional. Espacios públicos y privados de la migración peruana en Chile”.

Introducción

La experiencia y dilemas al que se ve enfrentado el migrante en la sociedad de destino ha sido ampliamente investigada, sin embargo, en esta ponencia intentamos profundizar el lado más cotidiano e íntimo que implica migrar, cuyo foco principal es cómo las migrantes peruanas construyen un hogar en Santiago de Chile. Desde los aportes de la corriente antropológica de cultura material, nos interesa explorar, por una parte, la relación que emerge entre los significados de hogar y la forma en que las migrantes experimentan y construyen sus espacios privados, y por otra, entender cómo las posesiones del hogar y prácticas permiten tal construcción cotidiana de hogar, y cómo se relacionan con los procesos de integración de las migrantes en la ciudad receptora.

Morley (2001) plantea que el hogar, el barrio y la nación son espacios de pertenencia interconectados y se condicionan entre sí, ya que están conectados por los medios de comunicación, la economía global y por sobre todo, por políticas migratorias fijadas por el Estado. En esta perspectiva, desde la ley de migración de 1975 creada en periodo de dictadura, se ha constituido un marco regulatorio que pone condiciones difíciles de cumplir, llevando a algunos migrantes a permanecer en el país en situación irregular y consecuentemente a perder sus derechos a servicios sociales, viajar y lograr una reunificación familiar (Stefoni, 2011b). Es así como para muchos el asentarse en un hogar constituye un desafío en sí mismo, el cual implica haber traspasado ciertas barreras de entrada impuestas por el

país receptor, y he ahí el por qué de la relevancia que tiene el espacio privado como expresión y agente transformador de sus procesos de integración.

Esta ponencia se basa en resultados del proyecto Fondecyt N° 1110414, “La construcción del espacio y del lugar en contextos de migración transnacional. Espacios públicos y privados de la migración peruana en Chile”. Se realizó un análisis temático narrativo de 12 entrevistas en profundidad realizadas a migrantes peruanas de bajos recursos, algunas teniendo como setting principal sus hogares.

Daniel Miller (2001a) plantea que la cultura material en el hogar es tanto la apropiación del mundo por parte del individuo como la representación de éste en su espacio privado, y de ahí que el hogar puede ser entendido como un microcosmos (Olwig, 1998). En este contexto, la cultura material y el hogar se convierten también en agentes (Miller, 2001b), dado que actúan sobre el ocupante y su relación con el entorno, y por ende, ambos se moldean mutuamente en la vida cotidiana. Por otra parte, diversos autores plantean que el hogar, por sobre todo, es el escenario principal donde se construyen y desarrollan aspectos de la identidad (Olwig, 1998; Petridou, 2001; Saunders & Williams, 1988), y por ende refleja los cambios que ésta experimenta al vivir en un lugar ajeno al origen. Bajo esta perspectiva, sostendremos que las migrantes peruanas, a través de la cultura material de sus hogares, es decir, a través de cada posesión significativa y práctica cotidiana –dado que en ellas subyacen mecanismos sociales y culturales, y están insertas en un complejo de relaciones sociales que median continuamente la experiencia-, van construyendo una forma particular de re-habitar el nuevo entorno material, cultural y social, y con ello, también materializan y reconfiguran su identidad, generando también múltiples espacios de pertenencia en un proceso de interacción constante con el mundo privado.

El proceso de creación de hogar (*making home*) –término que ha sido abordado inicialmente por autores como Tolia-Kelly (2004), Dyck y Dossa (2007) y Fortier (2003)- en el presente estudio se entenderá por el proceso de asentarse y hacer del lugar donde viven su propio espacio, a través de las posesiones del hogar y prácticas cotidianas (Bonhomme, 2011). La rutina diaria del hogar lo convierte en una base sólida que otorga a los individuos seguridad y constancia (Dupuis & Thorns, 1998), por ende, construir un hogar es fundamental en contexto migratorio. Como expresa Ginsburg (1998 en Mallett, 2004, p. 83): “Nosotros hacemos nuestros hogares... nuestra residencia es donde vivimos, pero nuestro hogar es cómo vivimos”. Es así como el habitar un hogar es una experiencia vivida (Ahmed, 1999), que se construye diariamente en un proceso que va creando continuamente la sensación de hogar –de ahí que el hogar se construye como proceso en la experiencia migratoria. Y como argumenta Ahmed (1999), este proceso de habitar implica el vínculo entre el migrante y el espacio, ya que ambos “se habitan”. Por ello la autora (1999) propone el concepto de “habitar una segunda piel”, dado que ambos se permean y habitan el uno al otro, y por ende, los límites entre la identidad del ocupante y el espacio se vuelven permeables. Así, el movimiento de migrar implica una reconfiguración de la identidad, una transformación de piel, y es porque cada espacio impregna de diversas sensaciones al individuo: sus olores y sonidos particulares, por nombrar algunos ejemplos (Ahmed, 1999). Por ello, migrar también implica una discontinuidad temporal entre pasado y presente, donde ciertas cosas eran distintas a las que se recordaban anteriormente en el hogar previo (Ahmed, 1999), y donde se debe acostumbrar e ir co-creando esta segunda piel. Y es a esa construcción y transformación del espacio y el ocupante, en la que mutuamente se influyen, lo que llamamos construir un hogar. En este sentido, construir hogar (*making home*) representa el continuo proceso de ajuste que debe enfrentar todo migrante en términos culturales, sociales y espaciales, desde sus espacios privados. Sostendremos que este proceso de identificación es fundamental en el caso de migrantes, ya que la conexión con su espacio privado forma parte de su proceso de integración, pues es ahí donde se comienza a construir un tránsito fluido entre ambos mundos, el de origen y destino, que permite negociar cotidianamente su pertenencia, y lo que les permite asentarse en la ciudad receptora.

Resultados

El hogar es la estructura física de una vivienda a la cual los individuos le atribuyen múltiples significados profundos (emotivos, sociales o psicológicos), que se relacionan con la permanencia y la continuidad (Dupuis & Thorns, 1998; Easthope, 2004), tanto del entorno social como material que los rodea. En primera instancia, emergió un significado común de la palabra hogar para la mayoría de los entrevistados: una familia bien constituida. Sin embargo, luego el hogar comienza a adquirir materialidad, representando también un espacio material que permite que esa unidad familiar se despliegue y mantenga, cubriendo sus necesidades básicas y otorgándoles seguridad, tranquilidad y confianza. Mientras sólo algunas de las entrevistadas han adquirido casa propia en Santiago, la otra gran mayoría constata que sus viviendas allá en Perú eran más grandes, espaciosas e incluso tenían jardín, características que ninguna dice tener en Santiago y que ciertamente extrañan. Pese a las diferencias físicas con respecto a sus hogares en Perú, la sensación de hogar parece depender de otras variables que van más allá de las comodidades, y tienen que ver en mayor medida con la apropiación significativa del espacio privado que logran construir con el tiempo. Aquellas que sentían sus casas actuales como un hogar, eran quienes habían formado familia en Santiago, incluyendo dos de las entrevistadas cuyos lugares de trabajo (asesora del hogar “puertas adentro”) conformaban su hogar, principalmente porque se sentían parte de esa familia, y habían hecho “suya” la pieza que tenían allí. Por el contrario, aquellas que aún no tenían a su familia en Santiago, no se sentían plenas en su espacio privado y extrañaban a su familia de Perú.

En contexto migratorio, muchas veces el hogar se vuelve el único espacio que es susceptible de transformación por parte del migrante en una ciudad ajena, cuyas estructuras económicas, laborales, sociales y culturales son fijas y se experimentan como externas al ámbito de acción del individuo. Si la ciudad es un espacio geográfico extraño y externo, y la sociedad receptora les hace percibir cotidianamente cómo son ajenos a ella, -a través de relaciones excluyentes o tratos discriminatorios-, el hogar les ofrece un espacio donde pueden (o no) “encontrarse”, donde no son ajenos sino parte constituyente de éste. Es en tal espacio privado donde pueden ejercer agencia, producir una diferencia, en términos de Giddens (2011), ya que como plantea Arendt (2005), el hombre se define por su capacidad para iniciar algo nuevo, lo que es esencial para alcanzar su libertad. El apropiarse del espacio privado implica también la posibilidad de reinventarse y crear lo que quieren ver de sí mismos, en un proceso de construcción de identidad constante (ver Hall, 1996; Olwig, 1998; Petridou, 2001; Saunders & Williams, 1988), integrando selectivamente elementos de ambas culturas que los identifican en la vida cotidiana (Bonhomme, 2011). El hogar para las entrevistadas es la expresión de su subjetividad (Turker 1994 en Mallett 2004), allí pueden sentir la confianza de expresar sus identidades. En este sentido, la vivienda se convierte en un nuevo espacio de pertenencia en la medida en que las migrantes puedan emplazar sus identidades allí (Ehrkamp, 2005), y es en ese momento donde se transforma en hogar, y donde para ellas, se vuelve un entorno en el cual la familia se despliega y puede estar segura. Un lugar físico donde puedan, como ellas mismas señalan, sentirse cómodas, estables, libres, con privacidad, tener espacio, y lo más importante: que lo sientan “suyo”.

De hecho, aquellas que experimentaban esto último, tenían una relación positiva con la ciudad y sociedad receptora, y a su vez habían dedicado tiempo en amoblar y decorar sus casas o piezas con aquellos elementos que consideraban significativos. Por el contrario, las entrevistadas que dicen no acostumbrarse al país y que piensan constantemente en volver –quienes han llegado por una necesidad económica extrema que las ha llevado a viajar sin sus hijos, o vienen siguiendo a sus parejas-, han tenido que habitar cuartos pequeños, y en dos casos, éstos han sido construido previamente por otros (parejas o suegros). En la imposibilidad de apropiarse significativamente de estos espacios, impidiéndoles poder negociar cotidianamente la pertenencia e identificación con ambos mundos, experimentan constantemente la incomodidad por falta de privacidad y de identificación con el lugar,

creando un sentimiento de alienación en la ciudad de destino, y que consecuentemente va aumentando las expectativas de volver a Perú:

“yo me siento incómoda... Como pareja uno quiere tener sus propias cosas, cocinar a nuestro gusto, dormir hasta la hora que se quiera. (...) Me gustaría tener un cuarto sola, donde yo pueda vestirme... esta es una casa de segundo piso, ellos [suegros] se quedan abajo, antes que ellos suban tengo que hacer mis cosas. Arriba están las dos camas juntas. Es un poco incómodo, todos vivimos en la misma habitación.” (Marta, 23 años)

Bajo este contexto, la cultura material de sus casas o piezas permea su experiencia migratoria y no al revés, y el migrante deja de ser agente y pierde la capacidad de generar una diferencia en su entorno más íntimo. Tal como Miller (2001b) plantea, en ciertas situaciones de pobreza, la cultura material y el hogar son agentes que influyen y se pueden volver opresivos, alienantes, e incluso un estorbo para el ocupante, en vez de proveer compañía e identificación.

En esta misma línea, tener una “casa propia” provee (o supone proveer) de una seguridad ontológica para las entrevistadas (Saunders 1984, 1986 en (Dupuis & Thorns, 1998), otorgándoles un sentido de pertenencia (Mallett, 2004) e identificación con el nuevo entorno social y material que las acoge, así como también con la ciudad receptora, dado que les permite ir creando un apego al contexto local (Ehrkamp, 2005).

“Como tener algo tuyo, aunque no sea tuyo propio, es como llegar a tu casa y pucha no sé, te tiras a dormir, qué se yo. Es como estar tranquila, algo de ti, tu espacio. (...) [En la pieza donde vivía con una amiga] no me sentía cómoda, en cambio aquí me siento cómoda porque todo esto es mío, lo agarro no más. Cocino lo que quiero, nadie me va a decir nada porque todo esto es mío. Entonces me siento más cómoda. Cosa que yo no me sentía así. Nada era mío, sólo tenía mi cama, no tenía nada más.” (Susana, 36 años)

Las posesiones de un hogar han sido elegidas como formas de expresarse del ocupante, siendo parte de la constitución de identidades (Clarke, 2001; Csikszentmihalyi & Rochberg-Halton, 1999). Y es que habitar un espacio que está rodeado de objetos que se consideran significativos, provee un sentimiento de confort y la sensación de “sentirse en casa” (Miller, 2008). Además, el hogar y sus posesiones les permiten reflejar lo que quieren ser y a su vez establecer relaciones con otros, convirtiéndose en una vitrina y espejo de sí mismos. Y esto porque, tal como argumenta Miller (2008), las relaciones sociales existen en y a través de nuestros mundos materiales.

La cultura material del hogar de migrantes peruanas, desentraña el sincretismo de dos mundos que cohabitan en un mismo espacio, reflejando cómo el asentarse en un lugar ajeno al origen implica también tomar elementos culturales de allí y hacerlos propios. Perú cohabita en la fotografía, en el recuerdo, la nostalgia. Y es que los objetos que resaltan como significativos para las participantes son las fotografías de su familia en Chile o familiares que viven en Perú, cuya presencia es evidente, especialmente en las paredes y refrigeradores, o en marcos de fotos colocados arriba o cercanos a sus posesiones tecnológicas. De esta manera, la fotografía es crucial en la creación y mantención de un hogar, ya que materializan en el entorno tanto el ideal de la familia constituida, que es justamente lo que significa hogar para ellas, como la reactualización y reproducción del origen. Por otra parte, Chile cohabita en el acceso a la tecnología, el desarrollo, en las oportunidades que otorga al permitirles acceder al consumo, y con ello, a la ilusión de una mejor calidad de vida. Los objetos tecnológicos o electrodomésticos para las entrevistadas le otorgan “calidad” al entorno material del hogar, y el computador con internet o teléfono celular, se vuelven herramientas esenciales para sentirse como en casa, ya que reducen la distancia con sus amigos y familiares de Perú.

Sin embargo, más allá de su utilidad, los objetos tecnológicos reflejan la idea de posesión que les da confianza en sí mismas y status entre los pares y sus familias en el país de origen, ya que como las

entrevistadas plantean, dada la situación económica que vivían en Perú era muy difícil acceder a tales artefactos, y por tanto tenerlos implica haber cumplido parte del sueño. El hecho de que estos objetos se conviertan en propios simboliza el esfuerzo de haberlo comprado gracias a su trabajo sacrificado en Chile, como ellas señalan. De esta manera, el objeto materializa sus identidades y carácter migrante, representando lo que son y quieren ser, es decir, migrantes esforzadas que aprovechan las oportunidades que el país les ofrece:

“una tele que es mío ehh... como se llama la radio que uno tiene ehh... el microonda, todas las cosas que uno cuida que... es mío con el propio esfuerzo que yo lo compré.”
(Lorena, 31 años)

En general, las prácticas cotidianas dentro del espacio privado están asociadas la mayoría de las veces con Perú, manteniendo y reactualizando su identidad originaria. En el sentido performativo de Butler (2006), las prácticas les permiten “performar” su peruanidad a diario, es decir, reactualizar su sentido de pertenencia a la cultura de origen a través de la acción – al llamar o chatear con seres queridos de Perú, al juntarse con amistades a comer comida peruana, o al cocinarla diariamente.

Consumir comida o prepararla, forma parte de la cultura material del hogar, ya que cristaliza significados culturales y materializa el sentido de hogar (Miller, 2001a), entendiéndose éste como un proceso constante de creación (*making home*) (ver Bonhomme, 2011; Dyck & Dossa, 2007; Tolia-Kelly, 2004). La comida peruana permite evocar memorias y hacerlas sentir como si estuviesen allí, proveyendo de un sentido de continuidad y estabilidad (Petridou, 2001):

“hay cosas peruanas también que venden acá; yo voy a la vega y compro y digo “ya, voy hacer comida peruana acá”... y uno se imagina que está en su propio país...”
(Lorena, 31 años)

Cocinar y comer comida peruana demostró ser una de las prácticas cotidianas cruciales de las migrantes, ya que constituye un mecanismo que permite apropiarse del espacio, creando una “sensación de hogar” a través de materializar su pertenencia originaria. Y es porque en-el-haciendo (*in the making*) (Fortier, 2000) se negocian sentidos de pertenencia cultural (Dyck & Dossa, 2007) dado que la comida materializa una cultura y cómo las personas la entienden (Cook & Crang, 1996), materializando también sus identidades (Fortier, 2000). Además, al mantener la continuidad con sus costumbres y revitalizar su cultura, reproduce al mismo tiempo las relaciones sociales en el contexto migratorio (Bonhomme, 2011; Miller, 2001a), extendiéndolas algunas veces fuera del hogar propio, aunque siempre trasladándose al hogar de otros, y por tanto manteniéndose en la esfera privada.

Sin embargo, dos entrevistadas que tienen pareja o hijos chilenos prefieren cocinar comida chilena, porque les resulta más simple y rápido, la prefieren por su baja cantidad de aliños, o porque les permite integrar los gustos de su familia. En este contexto, la comida se convierte en elemento distintivo de pertenencia e integración a la sociedad receptora, ya que al integrar la comida chilena a sus hábitos alimenticios, ésta se vuelve un mecanismo simbólico de inclusión de la nueva cultura, lo cual les otorga una sensación de estabilidad y por tanto juega un rol en el proceso de integración (Dyck & Dossa, 2007). Por lo tanto, el consumir comida peruana o chilena permite que el hogar sea un espacio de práctica identitaria (Cook & Crang, 1996), ya que la comida significa y hace emerger la presencia de dos mundos sociales, culturales y geográficos (Bell & Valentine, 1997 en Dyck y Dossa, 2007), adquiriendo un valor que va más allá de su mero consumo.

Con respecto las tecnologías de comunicación, como el internet y teléfono celular, además de ser artefactos que simbolizan su trabajo y esfuerzo, materializan prácticas cotidianas que tienen lugar en el hogar de forma preferencial, junto con realizarse con una frecuencia fija. Sin embargo, otra parte de las entrevistadas no contaban con tales medios, y deben trasladarse a cabinas telefónicas para estar en

contacto con sus seres queridos. Aquellas que logran contar con teléfono fijo en sus casas o teléfono celular que tenga internet, tienen la posibilidad de la simultaneidad y estar siempre ahí disponibles cuando desde su país de origen sus cercanos quieran contactarlas, permitiéndoles también tener la certeza y posibilidad constante de comunicarse cada vez que se sientan solas y los extrañen. Tal simultaneidad comunicativa genera una sensación de cercanía y el “como si” estuvieran allí, lo que a su vez permite no sólo evadir sentimientos de soledad, sino también reactualizar el vínculo con sus redes sociales y familiares, e incluso para algunas, mantener y reproducir su maternidad, manifestando en vivo o virtualmente su presencia:

“- ¿Y cada cuánto te comunicas con tus hijos por el chat?

- Cuando los encuentro. No es una hora fija porque allá es difícil tener las lucas para entrar porque ellos no tienen internet. Entonces como que van a un sitio y entran una hora, media hora, entonces da la casualidad que estoy sola en la casa, prendo el computador y están ahí. Y si no, por teléfono. Es un poco difícil comunicarme.

- Me habías dicho que los llamas una o dos veces por semana...

- Sí. Una o dos veces. Si no están vuelvo a llamar y los encuentro. Digo a tal hora voy a llamar y eso. A veces se echa a perder el fijo también, llamo a celular. Trato de contactarme con ellos bastante, mamá presente aunque sea lejos. Mamá presente siempre. Lo único que falta, dicen ellos, es que viva allá. Que esté yo allá con ellos”.
(María, 33 años)

Chatear con sus cercanos de Perú es una estrategia de comunicación que muchas utilizan, especialmente a través de la red social Facebook, donde dicen sentirse conectadas al ver fotos de ellos y poder a su vez encontrarlos en el chat. Algunas por medio de los hijos que están normalmente más conectados a Facebook –y porque algunas no saben cómo ocupar estas tecnologías y redes sociales-, logran saber sobre sus amigos y familiares. En el mismo sentido, un estudio de Miller (2011) reveló que Facebook en contexto migratorio permite mantener similares niveles de interacción propios del hogar entre los miembros de una familia, reproduciendo en cierta medida “el sentido de familia” por medio de crear una interacción constante. Sin embargo, principalmente las madres que no han podido lograr una reunificación familiar con sus hijos que siguen allá, el chat no es una opción valorada, y la llamada telefónica, a pesar de que sea más costosa, se vuelve una práctica rutinaria fundamental, ya que es la única forma en la que sienten que están efectivamente presentes. La comunicación oral, en este sentido, mantiene su crucialidad a la hora de imprimir la presencia y reactualizar las relaciones familiares en la vida cotidiana, lo que por otra parte es esencial para insertarse en Chile.

Así como vemos que ciertas prácticas cotidianas forman parte del proceso de inserción en la ciudad receptora, dado que vinculan sus dos mundos, la imposibilidad de realizar algunas de ellas va deconstruyendo el espacio privado como eminentemente privado, desvaneciéndose un proceso de construcción de hogar o de inserción, especialmente para quienes llegaron a hogares previamente apropiados por otros. El espacio privado entonces es un espacio que se construye constantemente y que es vivido como hogar en la medida en que existe y se siente la libertad, privacidad y seguridad necesaria para “hacerlo suyo” a través de estas prácticas, y por tanto, cuando este proceso de crear hogar no se desarrolla, y el espacio privado se vuelve sólo un lugar donde las migrantes moran, la experiencia migratoria se torna negativa, inhibiendo el proceso de integración en la ciudad receptora y transformando también su proyecto migratorio futuro:

“Yo extraño de allá mi casa... limpiar... hacía las cosas a mi manera, aquí tengo que ver si le va a gustar o no [a los suegros]. Lo que hacía en mi casa en Perú a mi mamá le gustaba, en cambio acá hago cosas que no les gustan. A veces yo cocino diferente, y me

lo han dicho. No ponen muy buena cara, no lo quieren comer. En cambio en Perú les gusta todo lo que hago, es muy diferente una madre que una suegra.” (Marta, 23 años)

Discusión

En contexto migratorio, el carácter transnacional del hogar está dado en la medida que los vínculos con el lugar de origen se incorporan en el lugar de destino, en este caso en el espacio privado, y ambos lugares se mantienen conectados temporal y espacialmente a través de las prácticas cotidianas (Basch, Glick Schiller y Santzon Blanc, 1992 en Stefoni, 2013), y posesiones (Tolia-Kelly, 2004), tal como se observa en el presente estudio. El hogar como espacio transnacional, les permite a las migrantes peruanas estar simultáneamente aquí y allá, emergiendo un proceso de descentramiento y reterritorialización (Stefoni, 2013) en el que construyen un espacio propio que identifica la ambivalencia que sostienen con ambos mundos, resignificándolo a través de sus relaciones sociales y prácticas, de formas que trascienden fronteras. Es así como el sentido de pertenencia se negocia cotidianamente por estar aquí y allá, pero sin estar confinados dentro de tales espacios necesariamente (Bhabha, 1996 en Georgiou, 2006). Tal como Georgiou (2006) plantea, la experiencia diaspórica muestra que la relación simple de la identidad con los límites definidos de los dos estado-nación de los que forman parte, es desafiada diariamente por las prácticas cotidianas, generando nuevas formas de identificación en donde la identidad y el sentido de pertenencia se desterritorializa, generando nuevos espacios de pertenencia que les permite transitar entre ambos mundos de forma fluida. En el hogar se desarrollan por tanto formas de ser y pertenecer a diferentes culturas dependiendo del contexto, siguiendo el argumento de Basch, Glick Schiller y Santzon Blanc (1992 en Stefoni, 2013). En este sentido, consumir artefactos tecnológicos o electrodomésticos, o comer comida chilena, no implica necesariamente que se identifiquen con la cultura y sientan una pertenencia a ella; sin embargo, comer comida peruana y comunicarse por teléfono o chat con sus cercanos de Perú, sí constituyen una forma de pertenecer a su cultura de origen y aluden a la necesidad de adscribirse a tal identidad con el fin de mantener una continuidad y reactualizar constantemente el vínculo aún estando localizados en la ciudad de Santiago.

Este estudio permite entender cómo el hogar es una “interface vital” (Mallett, 2004, p. 68) que permitiría resolver sus dilemas de pertenencia respecto a la nueva estructura social y cultural que implica la sociedad receptora, por lo que construir hogar es un proceso crucial para que tengan un proceso de integración positivo. Asimismo revela que el espacio privado se transforma en hogar al ser “un espacio físico que es vivido” (Wardaugh, 1999, p. 95 en Mallett, 2004, p. 80), donde el espacio es el centro de significados, identidades y acciones del ocupante (Entrikin, 1991 en Ehrkamp, 2005; Mallett, 2004), por lo que las prácticas y posesiones al crear tal espacio, producen significados que permiten que esas personas se vinculen (o no) con éste (Massey, 1994 en Ehrkamp, 2005), generando un sentido de pertenencia al lugar “vivido”. A través de las prácticas cotidianas las migrantes pueden mantener múltiples lazos con su país originario, creando así espacios sociales y culturales propios (Faist, 2000 en Ehrkamp, 2005), donde puedan sentirse “como en casa”. Siguiendo a Tolia-Kelly (2004), el deseo de tener un sentido de pertenencia a un territorio, cultura o nación se vuelve para muchos migrantes una forma efectiva de negociar el día a día en el lugar de destino, y es por ello que reactualizar el vínculo con sus orígenes a través de las prácticas cotidianas transnacionales, como cocinar, llamar, chatear, y a través de sus posesiones, como la fotografía, es parte importante de sus procesos de inserción. Asimismo, adquirir elementos de la ciudad receptora, como los artefactos tecnológicos, les permite sentirse parte de ella y partícipes del desarrollo económico del país -razón por la cual decidieron migrar. Es así como en los hogares se conforma una yuxtaposición de elementos culturales que se relacionan y disocian simultáneamente, pero a su vez permiten que las migrantes se identifiquen de múltiples maneras en la intimidad de su espacio privado, y consecuentemente se

desarrollen procesos de integración en el nuevo entorno. Sin embargo, como pudimos observar, la imposibilidad de algunas migrantes de apropiarse significativamente de sus espacios privados por no poder desplegar sus bienes materiales y realizar ciertas prácticas que las vinculen con su lugar de origen y costumbres, inhibe el proceso de construcción de hogar, y por tanto, también coarta todo proceso de integración en la ciudad receptora.

Para la mayoría de las entrevistadas, si bien en el entorno material del hogar se constituye un sincretismo cultural donde ambos mundos, de origen y destino, cohabitan, la apropiación significativa por parte del migrante a través de las prácticas reproduce la cultura del origen, “performando su peruanidad”, y permitiéndoles plasmar sus identidades que reactualizan su condición migratoria como peruanas. En este contexto, hay quienes señalan que en la vida cotidiana estos campos sociales y culturales que emergen impiden que los y las migrantes se adapten a la ciudad receptora (Faist 2000 en Ehrkamp, 2005), sin embargo, este estudio revela lo contrario, retratando la complejidad que adquieren los procesos de integración desde el entorno privado. Esto es porque en el proceso de construcción de hogar de las migrantes en la ciudad receptora, el entorno material –en el que convergen elementos de ambos mundos- se yuxtapone con cómo ese entorno es “vivido” a través de las prácticas cotidianas - que en la mayoría de los casos reproduce lazos originarios-, permitiéndoles “sentirse allá” pero “estando aquí”, lo que no implica necesariamente que no se adapten a la sociedad receptora, sino por el contrario, constituyen sus propias formas de insertarse a ella, e incluso posibilitan tal integración. Sin embargo, dos de las entrevistadas sí integran prácticas propias de la sociedad receptora como cocinar comida chilena, lo que permite entender cómo ésta también permite negociar su pertenencia al nuevo entorno cultural, lo que puede deberse, principalmente, a que tales entrevistadas tenían pareja e hijos/as chilenos/as. En términos generales, en la construcción del espacio como hogar, las prácticas transnacionales que permiten reproducir sus identidades culturales originarias, se yuxtaponen con un entorno material que se construye integrando ambos mundos y culturas, donde se negocia –y tensiona- la pertenencia a ambos en distintos niveles, y donde las migrantes son (o no) agentes que van generando múltiples apegos y espacios de pertenencia (Ehrkamp, 2005), “viviendo” el espacio de múltiples maneras, y así desarrollando sus propios procesos de integración en la nueva ciudad.

Este estudio permite contribuir a la discusión respecto a las consecuencias que tiene el habitar y construir un hogar en un contexto migratorio de precariedad laboral y económica, y muchas veces sin posibilidad de lograr una reunificación familiar. Es por ello que dada la importancia que toma la materialidad del hogar en contexto migratorio como espacio fundamental donde pueda instalarse una familia, es fundamental garantizar mayores oportunidades para acceder a subsidios habitacionales, garantizar el acceso a viviendas con condiciones materiales de calidad y también contribuir a la erradicación de situaciones de hacinamiento. De esta manera, las y los migrantes podrán ser integrados como ciudadanos reales y no de segunda clase, teniendo acceso a un entorno material de calidad, que lejos de ser alienante, consideren propio, para así crear algo nuevo que sientan les pertenece e identifica.

Bibliografía

- Ahmed, S. (1999). Home and away: Narratives of migration and estrangement. *International Journal of Cultural Studies*, 2(3), 329–347.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Bonhomme, M. (2011, August 25). *Chilean Women Making Home in London* (Dissertation MSc in Culture and Society). London School of Economics and Political Science, London.

- Butler, J. (2006). *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. New York: Routledge.
- Clarke, A. (2001). The Aesthetics of Social Aspiration. En D. Miller (Ed.), *Home Possessions: Material Culture Behind Closed Doors* (pp. 23–45). Oxford: Berg.
- Cook, I., & Crang, P. (1996). The World on a plate: Culinary culture, displacement and geographical knowledges. *Journal of Material Culture*, 1(2), 131–153. doi:10.1177/135918359600100201
- Csikszentmihalyi, M., & Rochberg-Halton, E. (1999). *The Meaning of Things: Domestic Symbols and the Self*. Cambridge: University Press.
- Dupuis, A., & Thorns, D. C. (1998). Home, home ownership and the search for ontological security. *The Sociological Review*, 46(1), 24–47. doi:10.1111/1467-954X.00088
- Dyck, I., & Dossa, P. (2007). Place, health and home: Gender and migration in the constitution of healthy space. *Health & Place*, 13, 691–701. doi:10.1016/j.healthplace.2006.10.004
- Easthope, H. (2004). A place called home. *Housing, Theory and Society*, 21(3), 128–138.
- Ehrkamp, P. (2005). Placing identities: Transnational practices and local attachments of Turkish immigrants in Germany. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 31(2), 345–364. doi:10.1080/1369183042000339963
- Fortier, A.-M. (2000). *Migrant Belongings: Memory, Space, Identity*. Oxford: Berg.
- Fortier, A.-M. (2003). Making Home: Queer Migrations and Motions of Attachment. En S. Ahmed, C. Castañeda, A.-M. Fortier, & M. Sheller (Eds.), *Uprootings/ Regroundings: Questions of Home and Migration* (pp. 115–135). Oxford: Berg.
- Georgiou, M. (2006). *Diaspora, Identity and the Media: Diasporic Transnationalism and Mediated Spatialities*. Cresskill, New Jersey: Hampton Press.
- Giddens, A. (2011). *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración* (2nd ed.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Hall, S. (1996). Introduction: Who Needs “Identity”? En S. Hall & P. Du Gay (Eds.), *Questions of Cultural Identity* (pp. 1–17). London: Sage.
- Mallett, S. (2004). Understanding home: a critical review of the literature. *The Sociological Review*, 52(1), 62–89. doi:10.1111/j.1467-954X.2004.00442.x
- Miller, D. (2001a). Behind Closed Doors. En D. Miller (Ed.), *Home Possessions: Material Culture Behind Closed Doors* (pp. 1–19). Oxford: Berg.
- Miller, D. (2001b). Possessions. En D. Miller (Ed.), *Home Possessions: Material Culture Behind Closed Doors* (pp. 107–121). Oxford: Berg.
- Miller, D. (2008). *The Comfort of Things*. Cambridge: Polity Press.

- Miller, D. (2011). *Tales from Facebook*. Cambridge: Polity Press.
- Morley, D. (2001). Belongings: Place, space and identity in a mediated world. *European Journal of Cultural Studies*, 4(4), 425–448. doi:10.1177/136754940100400404
- Olwig, K. F. (1998). Epilogue: Contested Homes: Home-making and the Making of Anthropology. En N. Rapport & A. Dawson (Eds.), *Migrants of Identity: Perceptions of Home in a World of Movement* (pp. 225–236). Oxford: Berg.
- Petridou, E. (2001). The Taste of Home. En D. Miller (Ed.), *Home Possessions: Material Culture Behind Closed Doors* (pp. 87–104). Oxford: Berg.
- Saunders, P., & Williams, P. (1988). The constitution of the home: Towards a research agenda. *Housing Studies*, 3(2), 81–93.
- Stefoni, C. (2013). Perspectiva transnacional en los estudios migratorios. revisión del concepto y nuevos alcances para la investigación. En W. Imilan, A. Garcés, & D. Margarit (Eds.), *Poblaciones en movimiento*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Tolia-Kelly, D. (2004). Locating processes of identification: studying the precipitates of re-memory through artefacts in the British Asian home. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 29(3), 314–329.